

Buscando la Liberación

(Primera parte)

El juego del Poder nunca dará como resultado la Libertad.

A lo largo de los siglos hemos ideado mil y un métodos distintos para hacer frente al Poder, para combatirlo. Sin embargo, por más que se ha hecho, la humanidad jamás ha conseguido erradicarlo. Más bien, da la impresión que tales métodos sólo han servido para perpetuarlo.

Seamos honestos, ¿dichos métodos no tendrían como objetivo algo muy distinto a la libertad? ¿Y no será ese algo, precisamente, la causa principal de nuestra milenaria esclavitud?

Quizá sea también ese algo, alimentado de mil y una formas diferentes por el Poder, la causa de nuestra continua insatisfacción vital; de nuestra incapacidad para vivir en armonía con la naturaleza.

¿Quizá se trate de liberarnos primero de todo aquello que ha contribuido al crecimiento desmesurado de ese algo? ¿Quizá se trate de situar, como fin último, la búsqueda de nuestra libertad (entendida, esencialmente, como un estado mental) y la afirmación de nuestra vida, así como de todas sus potencialidades? ¿Quizá se trate de dar preferencia a lo cualitativo sobre lo cuantitativo?

En cualquier caso, y pudiendo ser una propuesta colectiva, la solución sólo vendrá a través de una decisión individual: ¡QUIERO SER LIBRE! Por lo que no busquemos excusas, pues sólo de nosotros depende nuestra libertad y, con ello, la capacidad para vivir la vida plenamente. Tampoco espere, quien quiera emprender este camino, que será tarea fácil, pues el paso del tiempo ha ido embarrando el trayecto.

Todo aquel cuyo objetivo sea la libertad debería hacerse las siguientes preguntas: ¿tal libertad puede conseguirse entrando en los juegos de Poder, o será necesario alejarse de ellos? ¿Entrar en el juego del Poder, con la excusa de alcanzar la libertad, serviría de algo, o sólo retroalimentaría aún más todo este perverso juego? Si lo que busco es la libertad, ¿se puede alcanzar ésta utilizando como herramienta lo que más se le opone: la dominación? (¿Podríamos encontrar el amor a través del odio?)

Lema del Poder: “Os necesito indignados, de otra manera no aceptarías mi juego. ¡Indignaos pues!”

Si el Poder no hiciera lo posible por cabrearte, por indignarte, por enfadarte, tú no entrarías en su juego y se le acabaría el "negocio". Si el Poder no idease y promocionase dramas que alimenten tu deseo de venganza (crisis, guerras, catástrofes), tú, sencillamente, te marcharías. Si el Poder no nos hubiera hecho sentir como necesaria la superación de sí mismo para alcanzar la “felicidad”, hace tiempo que ya no estaríamos aquí.

Pero el Poder necesita tenerte cerca, pues de no tenerte cerca no podría continuar con su juego.

Y para ello el Poder, primero de todo, necesita que le odies irracionalmente, para que te enfrentes a él; para que tengas como único fin superarle, de tal forma que nunca te separes de su lado; para que nunca pienses ni siquiera en alejarte de él. Así, te pincha, te muerde, te araña, incluso él mismo te hace creer que puedes llegar a superarle, que puedes llegar a tomar tú el poder, y que con tal superación todo mejorará.

El Poder nos hace creer que es un obstáculo para nuestras vidas; que se interpone en el desarrollo de ellas; que sólo enfrentándonos a él y superándole, conseguiremos nuestra plenitud vital. Pero con ello sólo conseguimos una cosa: retroalimentar el juego del Poder.

Es como pretender acabar con el fútbol jugando al fútbol contra el mejor rival. Aunque le ganáramos, sólo habríamos conseguido una cosa: perfeccionar el juego del fútbol, no acabar con él. Desde ese momento, nos tocaría a nosotros defender nuestro "reinado" frente a los demás, dando así continuidad al juego.

El Poder sabe que, para sobrevivir, necesita que le odies; necesita de una oposición que le retroalimente (cuando él decide ser el mal necesita que tú seas el bien), no sólo con la finalidad de servirle como excusa para ejercer su poder, sino para que, usándote como vehículo, pueda, con otro disfraz, cuando tú hayas “triunfado”, asentarse de nuevo en el trono, con aún más fuerza que antes; lo cual, a su vez, provocará el nacimiento de una nueva oposición, cuya finalidad será la de volver a dar cuerda al juego. Y así, una y otra vez, haciéndolo cada vez más "perfecto" (aunque, personalmente, pienso que el calificativo de "patológico" sería el más adecuado para calificar dicho juego).

El objetivo esencial buscado en el juego del Poder no es la victoria, sino tu eterna fidelidad al juego mismo; que no le abandones; que no busques otra salida, pues sin ti, su juego se acaba. Sin tu participación sería imposible dar continuidad a lo que no es otra cosa que un perverso círculo vicioso.

Por todo esto, tu indignación y tu lucha contra el Poder es tan sólo una garantía de supervivencia para él, pues expresa tu voluntad de no plantearte una vida sin él; de no separarte jamás de él.

Para él, todo esto está muy claro, quizás algún día lo queramos tener claro nosotros.

¿De qué os INDIGNÁIS, si sois vosotros los que habéis decidido no ser libres?

¿Por qué gritáis así? ¿Por qué protestáis de esa forma? ¿De qué os indignáis? Si vuestra decisión no fue más allá de aceptar ser esclavo de otro, siervo de otro, ateneos ahora a las consecuencias. Deberíais de saber que lo que os está pasando es consecuencia, tan sólo, de vuestra voluntaria decisión de renunciar a la libertad, de haber optado por ser esclavos.

Vuestra actitud es tan ridícula como la de ese grupo de cerdos que protestaban porque, en lugar de llevarles al matadero por el camino que ellos querían, les llevaban por otro diferente.

Vosotros mismos ya estáis en algo muy parecido a un matadero (la inmensa mayoría nacisteis en él), y parece que, más importante que el hecho de que os vayan a cortar todas vuestras extremidades, os resulta el modo en que éstas han de ser cortadas. Parece que lo más importante para vosotros no es salir del matadero, escapar de él, sino la manera de estar más a gusto en su interior. Pero al matadero sólo se va a una cosa, así que, dejaos ya de engañar.

Me recordáis también a esa familia de desagradecidos, a la que unos amigos invitaron a pasar las vacaciones en su casa, y se pasaron todo el tiempo pidiendo que reformaran la casa a su gusto. Si no te gusta la casa ¿por qué te empeñas en seguir en ella a toda costa? ¿No ves que la casa se hizo para servir las necesidades de sus dueños, no las tuyas? Por lo que, por mucho que te empeñes en reformarla, esa casa siempre tendrá la misma función: tu esclavitud.

Deberíais saber ya que cuando aceptasteis voluntariamente renunciar a vuestra vida, a cambio de la supuesta protección de las murallas del castillo, estabais aceptando también que sus dueños pudieran aprovecharse de vosotros en su beneficio. Ahora, no deberíais quejaros porque ellos ejerzan el derecho que vosotros les concedisteis; más bien, deberíais arrepentiros de haberles concedido vosotros ese derecho, y de no tener el suficiente valor e imaginación para pensar otras formas de vida lejos del castillo.

Si no te gusta el pacto ¿qué esperas para romperlo? Si no te gusta el camino que te conduce al matadero ¿por qué te empeñas en seguir recorriéndolo? Si tan poco te gusta la casa que otros construyeron para ti ¿por qué no te marchas de ella de una vez?

Por otro lado, si consiguiéramos mejorar la decoración de las paredes de la cárcel en la que vivimos, o incluso un aumento de la ración del rancho en la misma, esto sólo tendría como resultado que nuestra condición de prisioneros se haría aún más inconsciente y, por lo tanto, más invisibles nuestras cadenas.

¿No es hora ya de dejar de pensar en cómo mejorar nuestra vida en la prisión y empezar a teorizar sobre la forma de salir de ella? A menos que creamos (o queramos creer) que el hábitat natural de los seres humanos es la prisión.

La adoración del poder como crimen.

(Dedicado a todos aquellos que aman a sus amos) La atribución, por tu parte, de diferentes virtudes como la bondad o la honestidad a los hombres de poder, cuyo único objetivo es el sometimiento del mayor número de personas posible a sus caprichos o intereses (véstase esto con las mejores intenciones que se quiera: democracia, socialismo, libre-mercado), es sólo una forma, como otra cualquiera, de engañarte a ti mismo, de autoconvencerte de lo bien que hiciste en firmar con ellos un contrato que te permite malvivir en su sistema social jerarquizado, en el que tales hombres ocupan el escalón superior, y tú el inferior. Un contrato con el que decidiste entregarles tu libertad y toda aspiración emancipatoria.

La adoración que expresas por ellos es tan sólo un método muy sutil de ocultar tu incompetencia, tu cobardía, tu pereza... o, incluso, el miedo a perder todos esos “vicios” con los que, muy hábilmente, nos fueron corrompiendo (a mí como al que más).

Hablemos claro, el poder y los hombres que lo ejercen sólo tienen un objetivo: nuestro sometimiento, para lo cual, la bondad y la honestidad son características que no se pueden permitir, básicamente, porque ningún hombre bondadoso u honesto desearía tal objetivo, es decir, la supeditación del resto de los mortales a sus deseos. Por el contrario, sólo la perfidia y la mentira son útiles para la consecución de un fin así.

Obligar a un ser humano a someterse es como obligar a un árbol a truncar su crecimiento; como tratar de impedir que un pájaro vuele. La diferencia con respecto a los seres humanos es que ni un árbol ni un pájaro

aceptarán jamás someterse voluntariamente, y harán todo lo posible por continuar con su natural comportamiento.

Aceptar de forma voluntaria la lógica del poder (dominación-sometimiento), llegando incluso al esperpento de adorar a los hombres que lo ejercen (capaces de todo lo peor, con tal de mantenerse en su privilegiada posición), es la manera más común de engañarse a uno mismo, y a la propia conciencia, para justificar la aceptación de un perverso contrato, cuya única finalidad es la renuncia al objetivo principal de toda vida, es decir, la renuncia al desarrollo pleno y libre de nuestra existencia; es una manera de taparnos los ojos para aceptar más cómodamente la voluntaria decisión de morir en vida; una decisión totalmente contra natura.

El encumbramiento de los hombres de poder, y, con ello, la aceptación voluntaria del sometimiento, es lo más parecido que puede haber a un suicidio; sin duda alguna, es algo que debería ser condenado como un crimen contra lo más profundo de nuestra esencia humana.

Su objetivo (por encima de la victoria o de la derrota) es que nunca abandones su tablero de juego.

Dices que tus protestas están justificadas; dices que tus demandas son sobradamente razonables; dices que la revolución es necesaria, pero, una y otra vez, te empeñas en solucionar tus problemas sobre su tablero de juego. ¿No te das cuenta que es precisamente, jugando sobre ese tablero como surgieron tus problemas; que en él tuvieron su origen? ¿Y no crees que para solucionarlos sería mejor salirse de él de una vez?

Lo importante en su juego no es quién lo gane, sino que no deje de jugarse nunca, y que se haga siempre sobre su tablero y con sus reglas. Esa es la razón por la que, usando mil fórmulas diferentes, te han hecho concebir la falsa esperanza, la infantil ilusión, de que ganando el juego se acabarían tus problemas; todo para que no lo abandones, para que no dejes de jugarlo, para que continúes sobre el tablero, para que no busques otra salida.

Pero, tras siglos de victorias y de derrotas sobre el mismo tablero, ¿en qué punto estamos? ¿No habrán tenido tales victorias y tales derrotas, exclusivamente, el objetivo de mantener vivo el juego? ¿No hay suficientes ejemplos en la historia que lo demuestren? ¿O es que prefieres seguir engañándote? ¿Quizás eso sea lo más cómodo para ti?

Pensar que jugando a su juego, encima de su tablero y con sus normas, podrás algún día solucionar tu situación, va mucho más allá de ser una utopía, es una absoluta ingenuidad. ¿No ves que, jugando en su terreno,

ellos tienen siempre la iniciativa y tú siempre vas a remolque, por el camino que a ellos les interesa? Tu comportamiento me recuerda al de aquel hombre que se metió en medio del mar con la intención de detener las olas, pero éstas, una y otra vez, le devolvían a la orilla; a pesar de lo cual, el hombre volvía a intentarlo un día tras otro, pensando que finalmente las olas le obedecerían.

¿No te das cuenta, además, que este juego fue creado con una sola finalidad? De tal forma que por mucho que te empeñes en darle la vuelta, siempre acabará cumpliendo la función para la que fue inventado: el pastoreo del rebaño humano.

Sin embargo, y a pesar de que apenas crees ya en él, te empeñas en continuar jugando, sobre su tablero. Tu obstinación es tal que, por enésima vez, te vuelves a exponer a ser escupido por las olas. Te consideras capaz de superar a todos los “revolucionarios” que han existido hasta ahora, y de construir tú la “megarevolución”. De este modo, no sólo te engañas a ti mismo, sino que es muy probable que seduzcas a muchos otros para que no abandonen el juego, para que continúen sobre el tablero, cuando quizás ya estaban a punto de marcharse, o se encontraban preparando la huida.

Ganado al rey negro tan sólo habrás conseguido que gane el rey blanco, y ganando al blanco, que gane el negro, mientras, tú continúas siendo un simple peón a su servicio, un miembro más del rebaño; pues en eso, y no en otra cosa, consiste el juego; con ese objetivo fue creado: el de mantener el rebaño unido, con independencia de quien sea el pastor. Todo lo demás son puras quimeras que nada tienen que ver con la realidad.

No estaría mal que alguna vez reconociéramos que somos como niños asustados que no queremos ver la realidad, incapaces de romper con el padre y de crear nuestro propio juego. Quizás nuestra valentía, a la hora de reconocer nuestra cobardía, le pueda ser de alguna utilidad algún día a alguien, tal vez, a nosotros mismos.

¿Por qué te necesitan indignado?

Te necesitan indignado (incluso indignado contra los indignados) para que reacciones, para que actúes, para que te levantes del sillón y seas tú el que, como un héroe moderno, perfeccione el sistema, el que introduzca los cambios y ajustes necesarios. Todo con el objetivo de hacerte sentir parte y autor del mismo, con el objetivo de vincularte aún más a él, de engancharte a él, de impedir que te alejes de él.

Te necesitan indignado para que sigas jugando a su milenar juego; necesitan tu ira y tu deseo de venganza para que nunca te separes de ellos,

para que seas tú mismo quien mantenga vivas todas sus estructuras y superestructuras, para que, después de que todo cambie, todo siga como está. Y cuanto mayor sea tu grado de indignación, cuanto peor concepto tengas de ellos, cuanto más les odies y más profunda sea tu rabia, mucho mejor para sus propósitos. Con tal fin, ellos mismos (por mucho que te engañes pensando que has sido tú quien lo hizo), ellos mismos, decía, son los que te han venido revelando lo “malos” que pueden llegar a ser, para que tu indignación jamás desfallezca.

Indignados, aceptadlo, vosotros sois los nuevos *miserables* que ellos necesitan para dejar atrás el Antiguo Orden y dar paso al Nuevo; sois el caos necesario (0) para devolver todo al orden (1) que ellos desean; la imprescindible ruptura del círculo que asegure la perpetuación de su sistema. Cuando todo termine, volveréis a estar donde siempre estuvisteis: en la base de su sistema social jerarquizado, llámese éste liberal o autoritario, progresista o conservador, democracia o ciberdemocracia. Seguiréis siendo los productores que los sabios necesitan para que su “*República*” funcione como lleva haciéndolo desde hace siglos. Habréis sido vosotros y vuestro miedo a la libertad, vuestra incapacidad para vivir fuera del rebaño y sin pastores, los artífices de este nuevo paso, de esta nueva revolucionarización de vuestra condición de siervos.

¡Enhorabuena, por fin lograréis que la cárcel acabe teniendo los barrotes de oro! Seguirán siendo barrotes, pero de oro al fin y al cabo. Quizás eso sea lo que realmente queríais; acaso ésta sea la razón por la que el color principal de las banderas que enarboláis sea el amarillo y no otro; quizás éste sea el verdadero motivo por el que queréis tomar las calles de su macrocárcel y no las riendas de vuestra vida; acaso por eso aspiráis a tener futuro, mientras despreciáis el presente.

La política como opio (o el idealismo como gran embaucador).

Política: ciencia o arte de organizar la vida de los seres humanos en las Polis.

La política nos ofrece una interpretación de la vida, en general, y de la naturaleza humana, en particular, muy diferente a cómo en realidad es y de cómo verdaderamente funciona, gracias a su engañosa, narcótica e idealista visión. Un idealismo nada inocente ni cándido, sino, más bien, todo lo contrario (¡ya iba siendo hora de que alguien lo dijera!), pues sobre él se cimientan los muros de nuestra prisión interior.

Este embaucador idealismo es el principal responsable de nuestro progresivo distanciamiento con respecto a nosotros mismos y con respecto a la vida; pues, como el opio, la política y su idealista visión de la realidad hacen que seamos incapaces de vivir plena, auténtica e independientemente nuestras vidas, al hipotecar todo a un futuro que nunca llega, ni llegará, simplemente porque no existe, y porque además es imposible.

Comprender esta verdad, y saber que todo lo que nos propone la política no son más que puras quimeras, ilusiones irrealizables, falsas esperanzas, no nos debe llevar al abatimiento o a la desesperación, sino a plantearnos y a vivir nuestra vida de una forma muy diferente a cómo, hasta ahora, han querido que nos la planteáramos y la viviéramos, es decir, sin vivirla; pues, mientras seducidos por sus mentiras, esperábamos su ideal, su paraíso artificial, lo que hacíamos era renunciar a vivir nuestra vida y aceptábamos vivir para ellos.

Ésa, y no otra, es la función de la política: anularnos, para que cuando estemos completamente anulados, seamos nosotros mismos quienes nos encarguemos de anular a otros. Por eso, si algún día decides renunciar a la política y a todas sus ficciones, para vivir realmente tu vida, no te extrañes cuando veas aparecer entorno a ti, por todos los lados, esa nueva especie de predicadores, amenazándote con la “condenación eterna de tu alma” por haber renunciado a “luchar” por mejorar su sociedad de rebaño, por no haber decidido sacrificar tu vida en favor de su opiáceo ideal, por no haber creído en sus paraísos terrenales; pues ten muy claro que no descansarán hasta conseguir sus objetivos: que no vivas, que no seas libre, que sigas siendo rebaño encerrado en su polis; en definitiva, que seas suyo, lo cual, por otra parte, sólo pueden conseguir porque nosotros se lo consentimos.

Y sólo con nuestro consentimiento pueden lograrlo, porque quizás la verdadera causa de nuestra esclavitud esté en nuestro interior y no en el exterior; porque quizás nuestros deseos e “ideales” sean nuestros auténticos carceleros; porque quizás nosotros mismos seamos quienes, por aceptar como cierto ese falso y embaucador idealismo, nos hayamos puesto las cadenas que ahora arrastramos; por eso, quizás, sólo renunciando a ese futuro ficticio, a ese opiáceo paraíso, sólo cuando nos hayamos librado de la preocupación por lo que comeremos o vestiremos, sólo así, será posible vivir plenamente el presente, conseguir la armonía con la naturaleza (nuestra única y verdadera “polis”), hacerse con el control definitivo de nuestra propia vida. Pero todo esto, te digan lo que te digan, es algo que sólo podrás descubrirlo tú.

No te engañaré: se trata de una tarea harto difícil, pues no consiste en romper con una forma de pensar que llegó hoy o ayer, sino con algo, con unas “ideas”, que llevan siglos con nosotros.

¿Y si lo que debieras evitar fuera la búsqueda de esa sociedad perfecta?

Llevas años buscando la sociedad perfecta, “*el hombre nuevo*”, con ese objetivo te metiste en un Partido, del que a los pocos años te saliste, pues no se ajustaba a tus expectativas. Al poco tiempo, volviste a meterte en otro por considerarlo más adecuado que el primero, y del que a su vez también terminaste marchándote, al comprobar que tampoco daba respuesta a tus demandas.

Al creer que ningún partido político podría servir para alcanzar tu ideal, decidiste investigar otras vías (sindicatos, asociaciones, incluso internet). Y así llevas años, con la misma idea en la cabeza. Has usado diferentes medios, pero siempre con el mismo rumbo: la búsqueda del paraíso, “*La Revolución Necesaria*”, y, sin darte cuenta, el rebaño perfecto.

Pero ¿y si el error estuviera más en lo que buscas, que en los medios que utilizas para ello? ¿Y si con esta búsqueda te estuvieras perjudicando más que beneficiando? ¿Y si tu búsqueda estuviera siendo de más utilidad a tus “enemigos” que a ti, o que a aquellos a los que pretendes ayudar?

¿Te has planteado alguna vez que quizás ese “ideal social” no sea más que un cebo, una trampa, igual que la zanahoria que el jinete pone al caballo delante de sus ojos, pero que nunca le permite alcanzar; todo con el propósito de que corras en su persecución, de que nunca pares, de que continúes con tu dura tarea de animal de tiro, dando cuerda a su perverso juego?

Lo importante para ellos no es quién gane, sino que siempre gane alguien y que siempre haya alguien (como tú) que quiera ganar; que el juego nunca se detenga; que el “show” continúe; y que tu loca carrera por esa zanahoria que nunca alcanzarás, que tu idealista búsqueda, tu ansia por alcanzar el paraíso en la tierra, sólo sirva para que la noria continúe dando vueltas en el mismo sentido, gracias a tu demencial esfuerzo, gracias a tu renuncia a la vida.

Aquellos que hace siglos inventaron este juego lo diseñaron con un sólo propósito. En él, los peones, torres, caballos y alfiles deberían cumplir una única misión, defender a un rey, con independencia de que éste fuera negro o blanco, rojo o azul, bueno o malo; de tal forma que, ganase quien ganase, el verdadero vencedor, por encima de todo lo demás, fuera siempre el de la consecución de un orden determinado. Pues su auténtica función, su fin último, no es el de la victoria de uno u otro rey, ni siquiera del bien sobre el mal (o del mal sobre el bien), sino el de conseguir tu implicación en el mantenimiento de su “orden”, y, sobre todo, en el perfeccionamiento del mismo, cerrándote, así, cualquier posibilidad de desarrollar tu propio “caos” interior, tu barbarie necesaria, tu liberación.

Hoy en día, el objetivo de los continuadores de aquellos “sabios”, que antaño crearon el juego, es que éste no deje de jugarse nunca, el de que seas incapaz de imaginarte las cosas de otra forma, el de hacértelo sentir como necesario; por lo tanto, tu incapacidad para ver más allá de él, para librarte de su “necesidad”, y con ello, tu esfuerzo y dedicación por mantenerlo vivo, sólo sirve para que siga cumpliendo la precisa función para la que fue creado: que su “orden” triunfe sobre tu “caos”, su civilización sobre tu barbarie, aunque, gracias a ello, ahora estemos donde estamos, y, con toda probabilidad, nos lleve más lejos aún; nos haga, cada día más, ser menos nosotros mismos; que tú sigas en la base de su pirámide, como “productor”, renunciando a vivir, siendo rebaño, y ellos sigan arriba, viviendo de ti, gracias a tu renuncia a tu vida, gracias a tu caos controlado por su caos desbordado.

Mientras tu deseo sea el de seguir siendo masa, parte del rebaño, jamás conseguirás ser individuo, nunca alcanzarás tu liberación.

Pero cuando te hayas separado de la masa, cuando hayas decidido dejar de ser un miembro más del rebaño y cuando te hayas dado cuenta de que todo en ti es caos, entonces, sólo entonces, es posible que empieces a vivir, o, por lo menos, a dejar de sufrir y a implantar tu propio orden; pues es muy probable que eso llamado civilización sólo sirva para potenciar aún más nuestro caos, y que sea la vuelta a la barbarie la única forma posible de volver al verdadero orden, de salvarnos como especie.

La tiranía de los hombres buenos.

La mayor parte de las veces, la libertad de los seres humanos no parece como consecuencia de la brutalidad de los hombres malos, sino por la seducción de las palabras de los hombres buenos. Éstos pueden llegar a ser más perniciosos para la independencia de la voluntad humana que el mayor de los tiranos.

Muchos, creyendo buscar la libertad, deciden seguir hasta las últimas consecuencias a aquellos que se erigen en libertador de libertadores, y, con ello, lo único que consiguen es supeditar su voluntad a una voluntad superior; es decir, paradójicamente, muchos hombres, en su búsqueda de la libertad, acaban convirtiéndose en esclavos de aquellos que se la prometen.

El lema de todo aquel que desease la libertad para la humanidad debería ser: “Si quieres, déjalo todo: riquezas, casa, familia, etc., pero por favor, por lo que más quieras, no se te ocurra seguirme.”

Desconfía de todo aquel que te prometa la libertad.

La codicia y la envidia como origen de todo orden social.

“Voceaba a menudo que los dioses habían concedido a los hombres una existencia fácil, pero que ellos mismos se la habían ensombrecido al requerir pasteles de miel, ungüentos perfumados y cosas por el estilo.”
(Diógenes Laercio, Vida de Diógenes de Sínope)

El capitalismo, al igual que el resto de ideologías autoritarias y jerarquizantes, tiene su origen, principalmente, en la insaciable codicia y la brutal avaricia de unos pocos; pero el socialismo, así como otras ideologías democráticas, no tiene un origen mucho más honorable que las primeras, pues las segundas surgen exclusivamente como reacciones de envidia ante la opulencia de los codiciosos, o de cobardía ante la incapacidad de imaginar una forma de vida alejada de los “placeres (o vicios)” de la civilización.

Por un lado tenemos al codicioso, que quiere comerse él sólo el pastel entero; por el otro al demócrata, que debido a su incapacidad para hacerse con el pastel, le pide al codicioso que lo reparta, y así todos podrán comer una parte, de tal modo que no haya quejas. El problema del uno y del otro es que ninguno de los dos es capaz de imaginarse la vida sin el pesado lastre de dicho pastel.

Se podría concluir, que el origen y mantenimiento de toda estructura social se apoya en lo más bajo de los seres humanos. El codicioso la necesita para calmar su insaciable apetito, y el demócrata para disfrutar (o al menos para poder aspirar a disfrutar), aunque sólo sea por un pequeño instante, de una pequeña parte de los placeres del codicioso.

¿Piensas que si el capitán de un ejército, antes de iniciar una contienda, aceptase las armas que su enemigo le ofrece, tendría alguna posibilidad de éxito? ¿Es que acaso crees que tal enemigo sería tan tonto como para ofrecer a su oponente algo con lo que le pudiera derrotar?

¿Crees que un esclavo tendría algún tipo de posibilidad de alcanzar la liberación y la de sus semejantes utilizando los medios que su amo le ofrece? ¿Consideras tan estúpido a éste como para llevar a cabo una acción así? ¿Crees que sería tan ingenuo de ofrecer algo que le hiciera perder su privilegiada posición con respecto a sus siervos?

Desconfía, por lo tanto, de toda ayuda que te ofrezca tu “enemigo” (internet, televisión, radio...), pues ello tan sólo tendrá un objetivo: encadenarte aún más a él.

La lógica de la esclavitud (I).

“Nada es bastante, para quien lo que es bastante resulta poco.”
(Epicuro, Máximas)

Para que se dé una situación de esclavitud es necesario que se cumplan una serie de condiciones; unas por parte de aquellos que aspiran a ser amos, y otras por parte de aquellos a quienes se pretende convertir en esclavos.

Si aquellos que aspiran a ser amos no cumplen las condiciones necesarias, éstos nunca llegarán a serlo; pero incluso cumpliéndolas, si aquellos a quienes se pretende convertir en esclavos no reúnen las condiciones para tal fin, la esclavitud nunca será posible.

Es decir, para que se alcance una situación de esclavitud es necesario que tanto aquellos que aspiran a ser amos como aquellos a los que se pretende esclavizar cumplan una serie de condiciones al mismo tiempo.

Para llegar a ser amo, en primer lugar, es necesario poseer muchas cosas, y que aquellos a quienes se pretende hacer esclavos posean pocas o ninguna como las que tiene el que pretende ser amo. Pero no basta con esto, pues este último debe, por todos los medios, hacer que aquéllos deseen tener tales cosas. Es decir, para conseguir esclavizar a otros es necesario que éstos deseen ardientemente más cosas como las que tiene quien aspira a ser amo. Si quien aspira a ser amo posee muchas cosas, pero no consigue que otros las deseen, jamás podrá ser amo; del mismo modo, si aquellos a quienes se pretende esclavizar deciden renunciar a todo aquello que otro intenta hacerles desear, nunca serán esclavos.

Si aquel que aspira a ser amo llegara a privar a quienes pretende hacer esclavos de lo más esencial para vivir (comida, agua, vivienda, vestido...), de tal modo que éstos no tuvieran más remedio que recurrir a él para poder sobrevivir, la renuncia a desear sus bienes sería prácticamente imposible, y, por lo tanto, la situación de esclavitud irremediable. En cualquier caso, se trataría de un tipo de esclavitud muy endeble, al estar apoyada en tan sólo una cosa, en una necesidad. Para conseguir una esclavitud más efectiva y, por lo tanto, una condición de amo más estable, se debe conseguir que aquellos a quienes se quiere esclavizar necesiten al amo por muchos motivos, no por uno solo, de tal forma que si se rompiera uno de los grilletes, siempre hubiera otro que le sujetara. Esta es la razón por la cual, quienes aspiren a ser amos deben hacer desear a los otros varias de las cosas que ellos poseen, y crearles diferentes tipos de necesidades, haciéndose así imprescindibles.

Este tipo de esclavitud, mucho más potente que aquella que se apoya exclusivamente en la privación de las necesidades básicas, sólo es posible si los otros ven como necesarias las cosas que poseen quienes aspiran a ser

amos. Si por el contrario aquéllos no ven como necesarias las cosas de éstos, y se conforman con lo esencial para vivir y con aquello que está a su alcance, la situación de esclavitud será prácticamente imposible o muy endeble.

Está al alcance de muy pocos ser amo, pues es muy difícil poseer muchas cosas y conseguir hacer que otros las deseen; del mismo modo que es muy difícil evitar ser esclavos, pues no son muchos quienes consiguen no desear más que lo imprescindible para vivir. De cualquier modo, es mucho más complicado ser amo que dejar de ser esclavo, pues mientras esto puede conseguirlo casi cualquiera, cuando se conforma con lo que está a su alcance, conseguir lo primero es imposible, ya que quien aspira a ser amo se convierte, irremediabilmente, también en esclavo, al desear lo que no posee: la voluntad ajena; algo que incluso de llegar a poseer algún día no le evitaría seguir siendo esclavo, pues ¿cómo conseguiría todo lo demás?

La lógica de la esclavitud (II).

“Recuerda, pues, que si las cosas por naturaleza esclavas las creyeres libres y las ajenas propias, andarás obstaculizado afligido, lleno de turbación e increparás a los dioses y a los hombres.” (Epícteto, Manual)

Teniendo en cuenta la naturaleza de los seres humanos, y el hecho de que éstos nazcan prácticamente ya bajo el signo de la esclavitud, alcanzar la libertad, la independencia, la emancipación, en definitiva, tratar de llegar al ideal del Superhombre, se presenta como una tarea harto complicada.

Si aquello que nos esclaviza es nuestro deseo de lo que no tenemos, el único camino para alcanzar la victoria, la liberación, no puede ser otro más que el de la autosuficiencia, el de la bendita autarquía. Pues el verdadero amo, el verdadero señor, el auténtico semidios, no es aquel que lo tiene todo (algo por otra parte imposible), sino el que no necesita nada que esté fuera de él.

Cuando todo lo que necesitamos lo tenemos al alcance de la mano, y lo podemos conseguir con sólo mover un dedo, es entonces cuando habremos dejado de ser esclavos y habremos empezado a ser Superhombres. Sin embargo, si existen cosas que se escapan de mi alcance, que necesito años y duros esfuerzos para conseguirlas, por muchos siervos que tenga a mi disposición, por más oro que tenga acumulado, no seré más que un pobre miserable al que la vida se le va de las manos.

La necesidad que sentimos por todo aquello que en realidad no necesitamos no son más que cadenas que nos convierten en esclavos, tanto a los hombres pobres como a los hombres más ricos del mundo, son ataduras que nos impiden remontar los cielos hasta la mesa de los dioses.

La autosuficiencia, la autarquía, pero también la ataraxia son sin duda las claves para alcanzar el ideal del Superhombre.

El único enemigo es el enemigo interno.

La vida del ser humano debe de ser una lucha constante, sería mejor que no tuviera que ser así, pero si no queremos convertirnos en monstruos con apariencia humana o volvernos locos, no nos queda más remedio.

El campo de batalla no es externo, sino interno, pues el enemigo lo tenemos dentro. Alguien lo creo con un objetivo muy concreto, por eso es necesario ser conscientes de que está ahí, o de lo contrario estaremos perdidos. A lo largo de la historia se le han dado mil nombres diferentes, hoy se le ha decidido llamar ego.

El ego, oculto bajo cien mil disfraces, te pedirá constantemente ser alimentado. Su objetivo es dominarte, controlar tu voluntad, hacerte su esclavo; es por eso necesario frenarle, hacerle frente, pararle, pues si no, nos aniquilará sin la menor contemplación, nos devorará sin piedad.

El ego es quien te pide gloria, fama, honores, reconocimientos, galardones...; dáselos y se habrá convertido en tu dueño; niégaselos y es posible que puedas empezar a ser libre.

Utilizará las palabras más hermosas y los razonamientos más elevados con un solo propósito; un propósito que, por mucho que lo parezca, nada tiene que ver contigo, sino con él. Si no eres capaz de comprender que tú eres más (mucho más) que ese ego, estás perdido, vivirás eternamente en un laberinto, queriendo encontrar en vano una salida.

El ego nunca se rinde, por eso su lucha será interminable y la tuya inevitable. Cuando por fin creas haber superado sus palabras y vencido sus razonamientos, él te volverá a atacar desde un sitio totalmente distinto al de antes, con nuevos razonamientos y diferentes palabras.

Ellos sí saben que tu ego existe (pues fueron ellos quienes lo crearon), ese es el motivo por el que han hecho tanto (y siguen haciendo), desde hace mucho tiempo, por alimentarlo todo lo posible.

Frente a él, la victoria no es tarea fácil; en cualquier caso, esto no debe de ser un motivo para la desesperación; tu constante y obstinada

resistencia a todas sus seducciones y engaños ya es bastante, pues, poco a poco, esto irá allanando el camino hacia tu victoria final.

¿Cómo empezar? ¿Cómo luchar? Comprendiendo que eres mucho más de lo que crees ser. ¡Sal de ti! ¡Transciende! ¡Fluye!

Sin un cambio interior, el cambio exterior sólo será un cambio de amos.

Los bancos existen porque nuestro ego les necesita; los gobiernos existen porque nuestro ego les necesita; los ejércitos existen porque nuestro ego les necesita; incluso las grandes mafias farmacéuticas existen porque nuestro ego no puede vivir sin su adulación.

Eliminemos los bancos, los gobiernos, los ejércitos y las farmacéuticas, y cambiémosles por otras cosas; hagamos exclusivamente eso, nada más. Con ello, lo único que habremos conseguido habrá sido cambiar de amos, pues nuestro ego, después de haber enterrado con todos los honores a sus antiguos padres, saltará ansioso en brazos de los nuevos, para que le mimen y le arropen en las frías noches de invierno.

Eliminemos nuestro ego y quizá entonces no necesitemos nunca más amos.

Pero si finalmente decides hacerlo, no esperes conseguirlo de un día para otro, pues se trata de una tarea dura, difícil y complicada, y, como tal, requiere de un entrenamiento largo, constante, disciplinado y, sobre todo, consciente de por qué lo haces.

Eso sí, merece la pena ser libre y reconciliarse con la vida, con la naturaleza y con el universo.

La verdadera Revolución.

La verdadera Revolución, el verdadero final de la esclavitud, sólo será posible cuando el ser humano destierre de sí todo aquello por lo que puede ser esclavizado, cuando decida destruir en su interior todo aquello que le arrastra inconscientemente a ser esclavo.

Si el ser humano (y sólo él) elimina de su interior todas aquellas cosas que le hacen ser manejable, dependiente, débil, dócil, servil, obediente... la esclavitud quedaría definitivamente abolida.

La doma.

Hace años, se me encomendó la tarea de idear un método para conseguir agrupar al mayor número de seres humanos como si fueran ganado, intentar que éstos se acostumbraran a una vida en rebaño, y lograr que su mayor y única preocupación fuera la de pastar. A pesar de que se trataba de algo totalmente contrario a su naturaleza, a estas alturas, puedo afirmar, sin ningún complejo, que el proyecto ha sido un éxito completo.

No sólo ya no se resisten a la vida en rebaño, sino que, gracias a una serie de estrategias que a continuación me dispongo a enumerar, la desean con todas sus fuerzas, incapaces de imaginar un modo mejor de vivir.

Mi primera propuesta fue la de que las tierras del planeta fueran, poco a poco, concentrándose en pocas manos, para lo cual alimentamos la codicia de reyes y emperadores. Con ello perseguíamos evitar la autosuficiencia que el trabajo de la tierra podía proporcionar a los hombres; los cuales, al verse privados de este medio de subsistencia, no tuvieron más remedio que buscar protección y amparo en las murallas del castillo si querían sobrevivir. Esta etapa duró muchos años, hasta que conseguimos acostumbrarles a esta dependencia. Durante este tiempo no sólo trabajamos la codicia de los poderosos, sino también la envidia y la ambición de los sometidos, así como otra serie de vicios, temores y supersticiones, todo lo cual les hizo débiles y dependientes, y, por lo tanto, fácilmente manipulables.

Pero una y otra vez, los seres humanos se resistían a la doma, al tratarse de algo que iba en contra de su naturaleza; una resistencia que hacía que el rebaño humano perdiera toda la utilidad práctica para la que fue creado.

Con el fin de apaciguarles un tanto, decidimos que había que convencerles, por todos los medios, de que el problema no era la vida en rebaño, sino los pastores del rebaño. Les hicimos creer de mil formas diferentes que librándose de esos pastores y sustituyéndoles por otros nuevos, todo cambiaría, todo mejoraría; que gracias a estos nuevos pastores, y a sus nuevas técnicas revolucionarias, serían eternamente dichosos, alcanzarían por fin el paraíso en la tierra.

Engañados con estas falsas esperanzas, depusieron a los antiguos pastores y entronizaron a los nuevos, quienes, usando las mismas técnicas que sus predecesores, mantuvieron unido y cohesionado al rebaño, al mismo tiempo que aumentaban su tamaño, gracias al reclutamiento forzoso o voluntario de nuevos miembros.

En este sentido, las múltiples guerras libradas por la codicia de los príncipes fueron también de gran ayuda para nuestros propósitos, al movilizar a una gran cantidad de seres humanos en una misma dirección: la defensa y el fortalecimiento de los rebaños de sus respectivos territorios.

Con ello no sólo se conseguía cohesionar más a aquellos que ya vivían en rebaño, sino además se arrastraba a quienes aún no lo hacían a vivir de esa manera.

De esta forma, alentando guerras y catástrofes de diverso tipo y sustituyendo los antiguos ideales y los antiguos pastores por otros nuevos (sembrado primero temores y después ofreciendo esperanzas), conseguimos, por un lado, convencer a los hombres para que siguieran viviendo en rebaño, cuando éstos comenzaban a cansarse de este tipo de vida, y, por otro, aumentar el tamaño de los rebaños humanos, gracias a la incorporación de nuevos individuos que buscaban protección frente a tales desastres.

Con estos propósitos, alentamos la Revolución Francesa, la Revolución Industrial, la Revolución Soviética y tantas y tantas otras Revoluciones y cambios de pastores y de ideales. Igualmente, enfrentamos a pueblos entre sí: a españoles contra ingleses, a ingleses contra franceses, a franceses contra alemanes, a alemanes contra rusos, a rusos contra estadounidenses, a marroquíes contra saharauis, a israelíes contra palestinos o a occidentales contra islamistas, así como tantas otras guerras.

Con las revoluciones sustituíamos las viejas y desgastadas esperanzas por otras nuevas, y con las guerras forzábamos cada vez a un mayor número de humanos a que participaran de ellas (las nuevas esperanzas), consiguiendo así, como ya he dicho antes, mantener el rebaño unido y, además, aumentar progresivamente su tamaño.

Desde hace ya unos años, venimos considerando la necesidad de un nuevo cambio no sólo de pastores, sino también de ideales, por eso estamos induciendo de diversas formas a los seres humanos para que lleven a cabo una nueva Revolución, que les cargue nuevamente de falsas esperanzas, con las que poder afrontar su dura condición de ganado, con renovados bríos.

En relación a los nuevos ideales que sustituirán a los viejos y de los nuevos pastores que los llevarán a la práctica, consideramos que lo mejor es que sea el propio rebaño quien los cree y elija, pues de este modo les implicaremos aún más en la renovación de sus viejas ataduras.

También pensamos que una nueva gran guerra sería de mucha utilidad para volver a involucrar a la práctica totalidad de la humanidad en nuestro proyecto de rebaños humanos y acabar, de una vez por todas, con los escasos grupos humanos que aún viven de un modo independiente.

En cualquier caso, y a pesar de nuestros denodados esfuerzos por conseguir que los seres humanos se sometieran a vivir en un rebaño, han sido multitud los hombres y mujeres, que, despreciando los miedos, supersticiones y vicios con que tratábamos de convertirles en seres débiles y, por lo tanto, serviles y fáciles de domesticar, han logrado evitar convertirse en parte del rebaño.

Afortunadamente no han sido muchos, ni su ejemplo muy seguido, de tal forma que nuestros planes nunca se vieron sensiblemente afectados por estas pequeñas anomalías. A pesar de lo cual, haríamos bien en no confiarnos demasiado por nuestro éxito, pues si la mayor parte de los hombres descubrieran la felicidad y la inmensa dicha que disfrutaban esas personas, gracias a su reconciliación con las leyes de la naturaleza, a través del ejercicio de la virtud, libres de miedos, temores y supersticiones de todo tipo, gozando de una vida de dioses entre hombres, es muy probable que a muy pocos les apeteciera ya seguir viviendo como hasta ahora: como esclavos; una decisión que de ser mayoritaria dispersaría definitivamente el rebaño y haría vanos cualquier esfuerzo por tratar de unificarlo.

Buscando la Liberación

(Segunda parte)

La crisis o el infierno prefabricado

“Cada uno se crea su propio cielo o su propio infierno” (filosofía del Vedanta).

Crisis, crisis, crisis, ¡qué bien les viene la crisis!, ¡mucho mejor que el terrorismo o el cambio climático! ¿Acaso crees que si les perjudicara lo más mínimo se pasarían (como se pasan) todo el tiempo, y por todos los medios posibles, hablando de ella?

La crisis y todo lo que le rodea (ajustes, recortes, reformas, protestas...) es la nueva fórmula mágica, el nuevo método hipnótico para llevarte al trance; para vincularte con sus perversos e inhumanos proyectos; para que no te escapes; para que no oses ni por un momento imaginarte otra forma de vida fuera de sus macrocárceles de asfalto y hormigón; para que dejes de pensar en las canciones, en la poesía, en el resplandor de la noche, y sólo pienses y vivas como a ellos les interesa que pienses y vivas: como ganado, esperando tu diaria ración de alfalfa, o, peor aún, como cultivos, incapaces de experimentar la más mínima emoción.

Sí, amigo, la crisis es otro de sus trucos, muy bien elaborado, pero otra trampa al fin y al cabo, otro de sus embrujos; y, desgraciadamente, tú, como tantos otros, has caído en la *“maya”* de su red, en su falsa realidad.

Como con el terrorismo, como con el cambio climático, como con el resto de sus *“shows”*, ellos crean el problema y después sólo esperan tu reacción. Les da igual en que equipo participes, sólo quieren que te implique: apoyando sus reformas o asaltando supermercados, ambas cosas les vienen bien, pues ambas cosas llevan a lo mismo, a que sólo se piense y se hable de la crisis; a que sólo se piense y se hable con el estómago; a que tu más pura esencia quede reducida a la nada; a que te transformes en masa en lugar de que te realices como individuo; a que te conviertas en otro zombi más, en otro muerto viviente; en definitiva, a que caigas en su infierno prefabricado.

Es muy triste, pero hoy en día, y mires adonde mires, sólo ves grises masas informes, movidas por ideales burgueses. En los barrios ricos y en los barrios pobres sólo hay ya burgueses, que, en sus modernos sarcófagos, dotados de todo tipo de lujos y comodidades, tienen como único objetivo

esperar la muerte. Éste fue el gran logro de la Revolución Francesa, el triunfo de las masas.

Pero basta, me parece que estoy pecando de tremendista. Siempre ha sido más o menos así, sólo tienes que leer a los antiguos para darte cuenta de que la gran mayoría siempre ha sido como es ahora, de que la masa siempre ha tenido el mismo absurdo modo de comportarse. Lo cierto es que lo que verdaderamente me preocupa eres tú, pues has cambiado. Tú antes no eras así, has caído en su trampa, y las preocupaciones materiales han invadido tu espíritu, desplazando al poeta, anulando al artista. Sin que te dieras cuenta, te han domesticado. Tú antes te burlabas de su ideal de vida: “¿Trabajo estable, casa propia? ¡Eso es para esclavos!” -decías; y ahora, sales a la calle a reivindicar todo lo que antes maldecías. ¡En qué has dejado que te convirtieran!

Vuelve a embriagarte con la mágica luz de la noche, y deja el día y sus enfermizas visiones para los muertos antes de que ya no haya vuelta atrás; abandona el infierno de las preocupaciones materiales, que construyeron para que perdiéramos nuestra alma en él; olvida todas sus convenciones, evita todas sus trampas, ¡vive!, y deja la muerte para los zombis. “¿Cómo?” -me preguntas-, muy fácil, recupera al artista, libera a la bestia que hay en ti, reconcílate con tu corazón, y no vuelvas a desobedecerle.

¿Callejón sin salida?

Estás atrapado en una especie de callejón sin salida, no porque no tengas la posibilidad de escapar de él, sino porque una y otra vez decides escoger como salidas lo que no son otra cosa que puertas cerradas. Tu intuición está ya tan atrofiada, que es incapaz de interpretar la vida con la claridad con la que antes lo hacía; una intuición que te hubiera permitido salir fácilmente de la encrucijada en la que ahora te encuentras. Y todo porque un día, en lugar de dejarte guiar por tu instinto, decidiste empezar a hacer caso a los otros.

Hace algún tiempo, lo tenías muy claro, sabías perfectamente que era lo que tenías que hacer; sin embargo, tu falta de confianza en ti mismo te jugó una mala pasada, y, poco a poco, te dejaste convencer por su cuadriculado y convencional modo de pensar, te dejaste engañar por la forma que tienen ellos de engañarse a sí mismos: depósito a plazo fijo, plan de pensiones, seguro a todo riesgo, contrato indefinido... y así, quedaste atrapado en un laberinto del que ahora te ves incapaz de salir.

“¿Qué hacer? ¿Es ya demasiado tarde?” Si te soy sincero, no soy capaz de responder a estas preguntas de forma tajante, en cualquier caso, si tu deseo es salir, resolver el terrible rompecabezas mental causante de tu actual coma espiritual, no pierdes nada por intentarlo.

En primer lugar, debes volver a ti, olvidarte de todos esos consejos que, a lo largo de tu vida, te han ido dando por (eso que ellos llamaban) tu bien, y dejarte llevar, única y exclusivamente, por tu instinto de libertad. A partir de ahora, lo más importante es que no vuelvas a tragar más mierda. Que por ello te despiden, te deja la novia o pierdes el piso, no te preocupes, fíjate en esos vagabundos que duermen diariamente al raso, entre basuras, y continuamente alcoholizados, lo difícil que les resulta librarse de su existencia, ¿crees que tú aguantarías menos que ellos?

La razón de que, en estos momentos, seas incapaz de encontrar la salida, de que tu vida se haya convertido en un infierno, no es sino que, un día, ellos, con su seductora retórica revolucionaria, te convencieron de que lo material estaba por encima de todo lo demás, de que lo primero debía ser el pan y no la libertad; con ello, no sólo te enterraste vivo, sino que renunciaste a la posibilidad de hacer de tu vida una obra de arte, renunciaste a la aventura, a la emoción, a la sorpresa, al carpe diem; en definitiva, renunciaste a todo aquello que podría haber evitado que el gris fuera el tono predominante de tu existencia. Ése fue tu gran error, pues, a diferencia de ellos, tú piensas más con el corazón que con el estómago, y por eso, comportarte así te ha llevado al tormento en el que actualmente te encuentras sumido.

No les odies, ni les aborrezcas por ello; no sé por qué (aunque tengo mis sospechas), pero ellos piensan que eso es lo mejor, son incapaces de imaginar lo que tú sí puedes. Respétales, pues, pero respétate también a ti mismo, y empieza a comportarte como tu naturaleza te exige. Las preocupaciones materiales, que, tanto desde la derecha como desde la izquierda, te han ido esclavizando poco a poco son las primeras cadenas a romper; después, el resto de convenciones sociales que no te han dejado ser tú mismo y que, hasta ahora, te impidieron realizarte.

Resumiendo, renuncia a hacer aquello que no quieras hacer y que además te perjudica, por mucho que los demás te insistan. Estás harto del curro, pues déjalo; ya no aguantas en tu ciudad, pues márchate; no te llenan tus estudios, pues abandónalos. Si los demás no lo entienden, ese no es tu problema, es el suyo. Tu problema sería no hacer lo que puedes y deseas hacer, pudiendo hacerlo.

No aspire a más de lo que puedes porque fracasarás; pero tampoco renuncies a conseguir todo lo que puedes, porque si no tu vida será un fracaso.

La apatía como herramienta revolucionaria

“Con la rectitud se gobierna un Estado. Con la táctica se manda un ejército. Con no hacer nada, se conquista el mundo.” (Tao Te Ching, c.57)

El objetivo de lo que podríamos denominar la cultura de masas (de rebaños o cultivos humanos) es el de mantenernos en una tensión constante, en un continuo estado de ansiedad, no sólo a través del principio de competitividad (introducido en nuestras vidas con la enseñanza obligatoria, desde los primeros años de nuestra infancia, y, posteriormente, consolidado mediante el trabajo asalariado), sino también a través de la excitación constante de nuestros deseos y apetitos por medio de la publicidad y la propaganda (comercial y política), incitándonos a poseer todo tipo de aparatos o servicios: “Consigue el mejor coche, consigue la mejor casa, consigue el mejor ordenador portátil, consigue la mejor fotodepilación...”. Pero, por si todo esto fuera poco, utilizando todos los medios a su alcance (televisión, radio, periódicos, internet...), trata de sumirnos en un perpetuo mundo de terror, miedo y pesadillas: terrorismo, guerras, pandemias, crisis...

Por todo ello, la actitud más revolucionaria y radical que podríamos adoptar frente a sus continuos, permanentes y descarados ataques contra nuestra estabilidad emocional, sería la del total y absoluto desinterés. Con ello no sólo podríamos llegar a alcanzar nuestra liberación, sino que además dejaríamos de retroalimentar su perverso sistema (paradójicamente, muchos, creyendo combatirlo, al final acaban haciendo todo lo contrario).

Aunque la liberación es posible, confieso que se trata de una tarea harto complicada, pues las trampas que utilizan son muchas y muy variadas, y cuando crees haberte librado de la más difícil, te espera una peor aún a la vuelta de la esquina.

Paciencia, calma y serenidad son algunas de las armas que puedes utilizar para empezar a luchar. Aléjate de todos y todo aquello que te turbe, o como dijo aquel: *“Si tu ojo te escandaliza, sácatelo”* (Marcos 9, 47), que, trasladado a la actualidad, sería algo así como: rompe la televisión, la radio, la prensa y todo aquello que sea para ti motivo de preocupación o ansiedad, y tíralo por la ventana. Más te vale prescindir de todo ello y vivir en paz, que desperdiciar tu vida en la infernal trampa que han construido para que seas su esclavo.

Ellos te necesitan agitado, nervioso, activo; les da igual si estás a la derecha o a la izquierda, lo importante es que siempre estés “dispuesto”.

El cielo o el infierno está en tus manos; tú decides qué camino seguir.

Frente a un sistema cuyo objetivo es mantenernos en un estado de tensión y excitación constante, tratando por todos los medios a su alcance (principalmente los medios de comunicación de masas) de agitar nuestros miedos (retransmisión diaria y continua de todo tipo de “catástrofes”) y nuestros deseos (facilidad de satisfacer todo tipo de curiosidades y “vicios” con sólo hacer un clic), la actitud más inteligente y revolucionaria sería la de un total y absoluto desinterés hacia ella y todo lo que nos ofrece.

La calma, la serenidad y la apatía podrían ser los estados mentales más útiles para combatir una estrategia tan sutil y perversa como ésta, cuyo fin último es el de hacer de nuestras vidas un infierno.

El origen de la tragedia ha sido olvidar que la vida es tan sólo un juego

“El hombre ha seguido al racionalismo hasta el punto en que éste se ha transformado en irracionalidad absoluta.” (Erich Fromm, Psicoanálisis y budismo zen)

Sin duda alguna, el mayor pecado, el mayor error cometido a lo largo de la historia (y especialmente en los últimos tiempos) por la humanidad, es el de tomarse la vida demasiado en serio, el de cargarnos con inútiles responsabilidades sobre todo lo que acontece a nuestro alrededor; unas responsabilidades que no nos corresponden y que no son otra cosa más que un rastro de nuestra herencia prometeica, una manifestación de una de las peores perversiones de la especie humana: la soberbia.

Haciendo gala de una gran sabiduría, hace tiempo, alguien ideó una fórmula muy oportuna y muy sencilla para no caer en esta desviación de nuestra naturaleza, y evitar con ello sufrir un castigo parecido al que sufrió Prometeo: *“Yo os aseguro que si no cambiáis y os hacéis como niños, no entraréis en el Reino de los cielos”* (Mateo 18, 3).

El origen de nuestra tragedia ha sido olvidar que la vida es tan sólo un juego, cuyo único fin es jugarlo como hacen los niños, y nada más; jugar por el mero placer de jugar, por pasar el tiempo; disfrutando construyendo castillos de arena, pero disfrutando también destruyéndolos a patadas; jugar sin preocuparnos por el resultado, que, sea cual fuere (victoria o derrota), nos produzca el mismo deleite. Disfrutar ganando, pero también disfrutar perdiendo, éste sería el secreto.

Por ello, como hacen los niños en sus juegos, nunca trates de alcanzar la perfección en nada, no te preocupes por no ser coherente en muchas ocasiones, no te cargues con ningún tipo de responsabilidad, rechaza el menor sentimiento de culpa tan pronto como aparezca, y tan sólo

juega. No olvides que, al fin y al cabo, *“todo es vanidad y caza de viento”* (Eclesiastés). Y a aquéllos que pretendan hacértelo ver de otra manera, diciéndote que, por tu propio bien, por salvar tu vida, lo que te conviene es buscar un trabajo, tener casa propia, asegurar tu coche a todo riesgo, o luchar por mejorar la sociedad-granja en la que se nos cultiva, diles, como dijo también el sabio antes mencionado: *“apártate de mí, Satanás”* (Mateo 16, 23), no quiero vivir en el infierno de las preocupaciones materiales, en el drama del apego por lo perecedero; quiero volver a ser un niño y recuperar la capacidad para vivir la vida como si fuera un juego.

Tu falta de paz es su mayor victoria; tu derrota el dejar arrebatártela.

“Los insensatos siempre están haciendo movimientos impulsivos, pero los sabios saben que la victoria y la derrota se deciden por algo más sutil.

Saben que existe algo perfecto antes de que se haga ningún movimiento.

Esta perfección sutil se deteriora cuando se emprenden acciones artificiales; así pues, conténtate con no alterar la paz.

Permanece en silencio.

Descubre la armonía en tu propio ser.

Acéptala totalmente.

Si puedes hacer esto, lo obtendrás todo y el mundo sanará de nuevo.

Si no puedes hacerlo, te perderás para siempre en la sombra.”

(HUA HU CHING, meditación 38)

No permitas que su “oscuridad” retransmitida 24 horas al día, 7 días a la semana, y retroalimentada, continuamente, por mil medios alternativos, apague tu luz interior, pues *“si tu fuente de luz está a oscuras, ¡qué terrible oscuridad!”* (Mateo 6, 23)

¿Cómo superar la entropía?

Una de las mayores tragedias de la especie humana (al menos en los llamados tiempos civilizados) es su tendencia a la entropía, que, habitualmente, se manifiesta como la inclinación a vivir una existencia lo más segura y cómoda posible, donde el espacio para la espontaneidad, para

la aventura, para el arte, queda reducido a la nada, creando así una especie de circuito cerrado; algo cuya consecuencia directa es que la existencia humana se acabe convirtiendo (tarde o temprano) en un auténtico infierno (depresión, ansiedad, estrés...).

Dejando al margen el análisis de si se trata de una tendencia natural, o inducida exteriormente para evitar el colapso del orden establecido (el sistema se caería por su propio peso si todo el mundo abandonara su puesto de trabajo debido a una falta de preocupación por el confort y las seguridades materiales), la fórmula ideada, hace ya miles de años, para escapar de tal tendencia suicida, sigue siendo perfectamente válida aún hoy: *“Perder la vida para poder salvarla”*.

¿Y cómo hacer esto?

Hace algún tiempo, alguien, muy amablemente, nos dejó una serie de ejercicios muy sencillos y eficaces con los que llevar a la práctica la anterior fórmula, por ejemplo:

“No acumuléis tesoros en la tierra, donde los roen la polilla y la carcoma, donde los ladrones perforan paredes y roban” (Mateo 6, 20), *“si quieres ser perfecto, anda, vende tus bienes, dáselos a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo”* (Mateo 19, 21), y es que *“Nadie puede estar al servicio de dos señores, pues amaré a uno y despreciará al otro. No se puede estar al servicio de Dios y del dinero”* (Mateo 6, 24), pues no hay nada que con tanta fuerza nos apegue a lo terrenal como la avaricia o la codicia; defectos que nos aferran a una vida condenada a la extinción, que nos impiden elevarnos para trascenderla, y que nos conducen derechos a la frustración y, por lo tanto, al dolor.

En tus manos está: aferrarte y sufrir, o intentar liberar tu mente de toda atadura (a través de éstos y otros ejercicios parecidos) para poder fluir con armonía en la corriente eterna.

“¿Estás preparado para ser radical?” (Revolver, Guy Ritchie)

Te daré una buena noticia.

¿Te sientes angustiado, deprimido, frustrado en tu vida? Te daré una buena noticia: ¡No es culpa tuya!

Mira a tu alrededor. Vives en un mundo totalmente burocratizado y deshumanizado, donde se te trata como un objeto, un número o una mercancía y, la mayoría de las veces, como si ni siquiera existieras. Sinceramente, ¿crees que eso podía llegar a ser beneficioso, algún día, para tu salud mental? Muy al contrario, sólo ha servido para que tú también te deshumanizaras.

No te preocupes, la solución es muy sencilla. Si quieres volver a ser humano/a, y vivir de nuevo plenamente la vida, sólo tienes que huir de todo aquello que ha hecho que te fueras convirtiendo en una máquina sin alma (la tele, los videojuegos, internet y el resto de diversiones zombificadoras, el trabajo, la obsesión por el dinero).

No lo pienses más, no tienes otra salida.

Recuerda que sólo tienes una vida, ¿la quieres desperdiciar así?

De la crianza al cultivo humano

Antes se nos criaba, pero cuando se dieron cuenta de que esto no les merecía la pena, decidieron empezar a cultivarnos. Ésa es la razón por la que ahora somos mil por cada uno de los que éramos antes.

Tanto entonces como ahora la finalidad buscada era la de producir esclavos para su uso.

La crianza exigía muchos cuidados y gastos, y la pérdida de un solo individuo suponía una contrariedad casi insalvable; por lo que pensaron que cultivarnos de forma masiva podría ser la solución. Sabían que muchos de los cultivados se malograrían (enfermedades o accidentes de diverso tipo), no llegando a cumplir (completa o parcialmente) la función que se esperaba de ellos; pero eso no supondría (como más tarde se ha llegado a comprobar) un grave problema, pues se trataría de una bajísima proporción, en comparación con todos los que sí la cumplirían satisfactoriamente si se les trataba con los productos y métodos adecuados. Si en la crianza la sustitución de una “baja” era un problema de difícil solución, en el cultivo humano no es el caso, pues el relevo para tales “bajas” es casi ilimitado.

La ventaja es, que mientras que en la crianza la huida era prácticamente imposible, al tratarse de una pérdida que el criador no podía asumir, en el cultivo no sólo es tolerable, sino que además es deseable, pues el cultivador sabe que todo intento por arreglar este cultivo que no se adapta (siempre minoritario), no sólo será en vano (por muy diferentes productos o métodos que emplee), sino que le originará pérdidas. Además, esta pequeña pérdida no será un problema para el resto de sus cultivos (la parte mayoritaria), que sí habrán asimilado correctamente los productos y métodos empleados, y que, gracias a ello, en ningún caso se verán tentados a seguir el ejemplo de los primeros.

Esto último es algo que, desgraciadamente, sólo sabe el cultivador, pero no el cultivado que desea huir, el cual, en algunas ocasiones, retrasará su huida al creer ingenuamente que podrá convencer a otros cultivos a seguir su ejemplo; algo que, en el peor de los casos, puede llegar a frustrar

completamente su proyecto de liberación si no es capaz de darse cuenta a tiempo que los que son como él son una minoría. Ésta es la razón por la que al cultivador le interesa mantener la idea de que sus productos y sus métodos nos afectan a todos por igual, para que aquéllos que desean huir frustren su huida por creer que pueden convencer a los demás de sus planes, y, en vez de marcharse cuando deberían haberlo hecho, se queden debido a la falsa esperanza de que podrán “salvar” a muchos otros. Gracias a ello, en algunos casos, el cultivador consigue que este cultivo tampoco se pierda totalmente.

Hay algo que debes saber

Hay aún una cosa más que deberías saber, algo que mientras no lo asumas con total sinceridad te impedirá alcanzar la paz que tanto anhelas. Se trata de una cosa que vienes sospechando desde hace ya bastante tiempo, pero que hasta ahora te habías negado a aceptar.

La inmensa mayoría de la gente que te rodea ve las mismas cosas que tú ves, escucha lo mismo que tú escuchas, tiene acceso a los mismos libros que tú lees, hasta saborea, huele y siente casi, más o menos, las mismas cosas que tú; por eso te cuesta tanto entender que sean incapaces de percibir, con la misma claridad que tú, la inhumana crueldad de la esclavitud del trabajo asalariado, el trato despersonalizado en las relaciones humanas, el antinatural hacinamiento de multitudes en ciudades carcelarias, la total mercantilización y burocratización de todas las esferas de la vida... Tampoco puedes entender que no sientan la misma irresistible necesidad que sientes tú de no participar en tal estado de cosas, de contribuir lo menos posible al desarrollo de las mismas. Todo lo cual agrava, aún más, el tormento que te provoca vivir en un mundo como en el que vives.

Pues bien, ya va siendo hora de que aceptes otra gran verdad: Si ellos no son capaces de darse cuenta de lo que tú sí, ese no es tu problema, sino el suyo.

Como ya te he dicho antes, vivís en el mismo mundo, respiráis el mismo aire, bebéis el mismo agua, coméis los mismos alimentos, veis, oís y sentís, más o menos, las mismas cosas, por lo que si no son capaces de llegar a las mismas conclusiones a las que tú has llegado, ¿crees que por muchas palabras que utilices, y por más que las adornes, podrás hacerles comprender lo que viendo, oyendo o respirando no pueden (o no quieren) comprender?

No se trata de una cuestión de educación, de inteligencia o de mayor o menor perspicacia, sino de valor para afrontar una situación que es

fácilmente perceptible para la inmensa mayoría de los seres humanos, “que esta civilización está podrida”; algo que se niegan a reconocer por lo que ello implicaría.

Acéptalo de una vez: lo que los demás hagan o dejen de hacer no es tu problema. Tú haz lo que tengas que hacer, no pierdas mucho el tiempo en explicarles tus razones a los demás y, sobre todo, no te sientas culpable por ello. Toda aquella persona a la que te cueste más de un minuto hacerla entender la inhumana condición de la civilización actual, no merece ni un esfuerzo más por tu parte. Es como si vivieras en una dimensión completamente diferente a la suya, y el aire que a ti te vale para respirar en tu dimensión, a ellos les asfixiara en la suya.

En cualquier caso, si quieres, puedes seguir intentando convencerles con palabras, pero te advierto que no será más que una pérdida de tiempo, pues *¿cómo iban a sentir que tienen necesidad de médico los que se consideran sanos?*; y lo peor de todo es que tu esfuerzo, con toda probabilidad, sólo servirá para desviarte de tu camino.

“Es un imbécil quien exige pruebas para creer en aquello que es incapaz de percibir y tonto sería el que se esforzara en hacer creer algo a semejante imbécil”. (William Blake)

La depravación de los sometidos como base de la esclavitud moderna

“Una civilización no puede ser duradera sin gran cantidad de vicios agradables.” (Aldous Huxley, Un mundo feliz, cap. XVII)

“El que se somete a los hombres se somete previamente a las cosas.” (Epicteto)

“Todo el mundo procura el modo de crear una nueva necesidad en los demás, a fin de someterlos a una nueva dependencia, a una nueva forma de placer... Con una multitud de mercancías crece el campo de las cosas ajenas que esclavizan al hombre.” (Karl Marx, Manuscritos económicos y filosóficos)

Llevas mucho tiempo tratando de encontrar la solución al problema de la falta de libertad entre los seres humanos. Le has dado cientos de vueltas y se lo has atribuido a cientos de causas diferentes sin encontrar nunca una respuesta que satisficiera plenamente tu búsqueda, hasta que, finalmente, has decidido aceptar, con valentía, que sólo hay una cosa que pueda impedir que el género humano sea libre: su cobardía. A mí también

me costó un gran esfuerzo darme cuenta de algo tan evidente -te lo dice un cobarde y, por lo tanto, un esclavo.

Así, la cuestión no sería tanto ¿cómo alcanzar la libertad?, sino más bien, ¿cómo superar la cobardía? Para ello, lo primero sería determinar la causa que originó dicha cobardía.

La cobardía surge cuando el ser humano es poseído por un anormal y desorbitado sentimiento de apego a la vida, por un antinatural y casi enfermizo instinto de supervivencia, muy parecido al que impulsó a los faraones al loco deseo de conservar su cuerpo eternamente mediante la técnica de la momificación. Esta anomalía, a su vez, tiene su origen (y posteriormente se va nutriendo) en la satisfacción diaria, continuada y prolongada de los millones de estímulos que nos ofrece la sociedad contemporánea, y a los que tan fácil acceso tiene el hombre moderno (¿empiezas ahora a entender la razón de tantas tetas, culos y cuerpos musculosos en la televisión? ¿De por qué es gratuita la pornografía en internet? ¿De por qué te resulta tan fácil adquirir los más diversos cacharros electrónicos, ropas de moda y entretenimientos de todo tipo?).

La ecuación es muy sencilla. La cobardía surge del miedo a perder los mil y un placeres cotidianos (*no naturales y no necesarios*) que nos ofrece la sociedad contemporánea y que tanto nos hacen disfrutar; un temor que nos incapacita para ser plenamente libres (y que en muchas ocasiones puede llegar a degenerar en un serio trastorno mental). Así, cuanto mayor sea el número de placeres a los que pueda tener acceso el ser humano, más apego, más cobardía por el miedo a perderlos y, en consecuencia, menos libertad.

Ésta, y no otra, es la auténtica razón de que hayan gastado tanto tiempo y tantas fuerzas en convertirnos en consumidores compulsivos, en eternos lactantes, en ególatras enajenados en su "sí mismo", incapaces de abrirse al mundo, incapaces de crear. Necesitan debilitarnos, hacernos frágiles y dependientes, para lo cual no han encontrado mejor método que depravarnos hasta los extremos en los que ahora nos encontramos sumidos.

En cualquier caso, no está todo perdido, pues la solución está al alcance de cualquiera, aunque alcanzarla requiere, inevitablemente, el mismo tiempo (y por lo tanto, la misma paciencia) que requirió el depravarnos; con lo que, por lo general, salir de tal estado de postración nos llevará un largo tiempo, durante el cual, con toda probabilidad, recaeremos una y mil veces en todo aquello de lo que estamos tratando de huir. Por todo ello, si tu deseo es superar la depravación y alcanzar la libertad, tómatelo con calma.

No se trata, pues, de una cuestión moral, sino puramente práctica. No se trata de evitar el infierno en el más allá, sino de salir de él en la vida presente; de escapar de la prisión de barrotes de oro en la que te metieron (y tú mismo te metiste) desde hace ya tanto tiempo.

“(Diógenes de Sinope) *voceaba a menudo que los dioses habían concedido a los hombres una existencia fácil, pero que ellos mismos se la habían ensombrecido al requerir pasteles de miel, ungüentos perfumados y cosas por el estilo.*” (Diógenes Laercio, *Vidas de los filósofos más ilustres*)

“... *escupo sobre los placeres de la abundancia no por sí mismos, sino por las molestias que les acompañan.*” (Epicuro)

Por más pruebas, razones y argumentos que des sobre la necesidad de la Revolución, y por muy convincentes que éstos sean, todo será en vano mientras la mayor parte de la población no decidamos salir de la depravación en la que actualmente estamos sumidos, y gracias a la cual nos dominan con tanta facilidad.

Sólo tenemos un camino para alcanzar la libertad que tanto deseamos (y de paso mejorar un poco nuestra maltrecha salud mental, tan castigada por el proceso civilizatorio o de domesticación), y no es otro que el que muchos, muy amable y desinteresadamente, desde hace ya mucho tiempo, nos han venido mostrando con su ejemplo y sus palabras: “*Hacernos fuertes*”; sólo así podremos liberarnos de las cadenas con las que nos esclavizan.

“*«Óyeme, Eutidemo -díjole Sócrates-: ¿consideras tú que sea una hermosa y magnífica posesión, así para un hombre como para un pueblo, la libertad?» «Como la que más de todas pueda serlo», respondió. «Aquel pues que se ve gobernado por los deleites corporales y que no puede por culpa de ellos hacer lo que mejor sea, ¿piensas tú de ése que sea libre?» «De ninguna manera», dijo Eutidemo.*” (Jenofonte, *Recuerdos de Sócrates*, Libro IV, cap. V:2,3)

¿Cómo empezar? (Algunas recomendaciones prácticas)

La actitud de entrega y de servicio a los demás es un método muy eficaz para escapar de las caprichosas demandas con las que tu egoísmo exige ser constantemente alimentado. Sin duda alguna, éste es uno de los antídotos más útiles para evitar convertirnos en auténticos Mister Hyde (o dejar de serlo, si ya lo somos).

En cualquier caso, que este espíritu de servicio a los demás no te arrastre demasiado a su vida de rebaño, a su vida de masas, pues esto te acabará destruyendo (ama al prójimo, pero ámate a ti también, pues si no te amas a ti, no podrás hacer nada por el prójimo). Aléjate de la embrutecedora vida de rebaño, pues nada te hará tan difícil desarrollar tus cualidades humanas como este inhumano tipo de vida.

Aléjate todo lo que te permitan tus posibilidades de todo género de vida que te haga convertirte en rebaño, en masa informe (lo cual no tiene porque implicar alejarse totalmente de todos los seres humanos), de todo trabajo alienante, de todo entretenimiento zombificador, incluido, especialmente, internet, el cual, debido a la sensación (totalmente antinatural y absolutamente innecesaria) de "omnipotencia" que te hace tener (*consigue todo lo que quieras con sólo hacer un simple click*), es un temible y adictivo "placer" que te debilitará, impidiéndote alcanzar tus objetivos (piensa que, más allá de internet, hay otros medios más reales, más humanos y, por lo tanto, más eficaces para extender tu mensaje).

"Perecemos por el ejemplo de los demás; nos salvaremos si nos separamos de la masa." (Séneca, Sobre la felicidad, cap. I)

Pase lo que pase, no te desesperes si te cuesta poner en práctica estos consejos, o si después de haberlos puesto en práctica vuelves a caer en aquello que estabas tratando de evitar (ver la tele, usar internet, entrar en sus discotecas, o dejarte llevar por la corriente general). Ante todo, no te sientas culpable; tú no tienes la culpa; no tuviste la oportunidad de elegir entre nacer y criarte en una sociedad depravada, o en otra que no lo fuese, por lo que es normal que te cueste tanto dejar de ser aquello para lo que ellos gastaron tanto tiempo y esfuerzo, desde hace tantos años: un esclavo. Así pues, no tengas prisa, relájate y sigue intentándolo